

**Presentación de "LA SAETA" n.º 65 (edición de Otoño)  
el 26 de octubre de 2018, en la sede de la Agrupación de  
Cofradías, Antiguo Hospital de San Julián**

**Presentador: Fernando del Valle Terenci**

**-oOo-**

Buenas noches.

Es para mí un auténtico honor encontrarme esta noche aquí para presentarles el último número de *La Saeta*, *La Saeta* de otoño. Es un placer estar delante de un auditorio tan nutrido y distinguido que, les aseguro, me genera un tremendo respeto. Verán ustedes. Creo que lo primero es la honestidad. En mi profesión, por supuesto, y en todos los ámbitos de la vida. Por eso quiero decirles desde ya que de ninguna de las maneras se encuentran esta noche ante un experto en la Semana Santa. Están ante un periodista al que el destino le ha llevado desde hace años a dirigir primero una edición local de ABC, en Córdoba, y desde hace ya casi diez años, desde aquí desde Málaga, la edición regional de ABC, lamentablemente prácticamente la única de un diario nacional que pueden encontrar en los quioscos.

Experto entonces, ya les digo, de ninguna de las maneras. Ojalá. Pero sí responsable de un medio de comunicación centenario que cree en la tradición bien entendida. De un periódico que en el basamento de la línea editorial que le conduce desde hace tanto

tiempo tiene muy pero que muy arraigados los valores humanistas y cristianos que han guiado históricamente nuestra civilización. Esos mismos que algunos, en estos tiempos convulsos, parecen querer desterrar como muestra de no se sabe qué moderneces.

Por eso, en los escenarios de responsabilidad que me ha tocado cubrir, por supuesto siempre he promovido que la información sobre Semana Santa ocupara el lugar que merece. Por resumir, no soy un entendido pero sí un tremendo convencido de la importancia que tiene nuestra peculiar, masiva, popular y sincera demostración de fe en las calles. Además, eso también, de ser un enamorado de ella.

Por eso antes de nada querría ponerme la venda y pedirles perdón ante cualquier patinazo o incorrección o despiste que en mi presentación de esta fantástica revista pudiera darse y llegara a desmerecer tan estupendo producto. Espero, en cualquier caso, que la dirección de la misma, a la que agradezco enormemente haber confiado en mí para ponerla en sociedad, no termine en exceso defraudada.

Verán, para mí presentar el número de otoño de *La Saeta* constituye un placer triple. Y se lo explico. Por un lado, ya se lo he dicho, por la formidable sugestión sensitiva y espiritual que me provoca no ya sólo la celebración de la Semana de Pasión sino

todos los aspectos que la rodean y la dotan de sentido máximo los 365 días del año. Hay que sacar pecho ante las cosas que se hacen bien, y este número de *La Saeta*, como todos, sirve para demostrar la importancia de la labor de las cofradías en terrenos temporales alejados del tiempo litúrgico.

En segundo lugar, he de reconocerles que me fascina encontrarme y poder presentarle a todos ustedes una revista magnífica, tal y como nos tiene acostumbrados. ¡Pero es que además presentamos un producto en papel! Ahora que la información discurre a través de las redes y tal y como se deglute se evapora de las pantallas y de nuestras cabezas, resulta grato encontrarse con el olor de un papel de tan extraordinaria calidad, con la suavidad satinada de estas páginas tan acertadamente ilustradas, tan elegantemente maquetadas. Mi reconocimiento, aquí, a los responsables de la misma y también a Urania por este saber hacer de décadas.

Resulta, ya digo, más que agradable abandonarse a la lectura de textos bien escritos y de temática más que interesante que sin duda permanecerán en nuestra memoria. Y, para los que ya nos queda poca porque tenemos el disco algo rayado, al menos podremos almacenarlas en nuestros anaqueles para poder recobrar cuando queramos ese disfrute. Llámenme demode, flaneur o

carpetovetónico si lo desean, pero no me abandonen, por favor, esa discreta elegancia de poder decir “voy a buscar en mi colección de la saeta que creo recordar que en el número de cuaresma de tal año hablaban de tal tema”. Ya habrá muchas otras oportunidades de poder teclear en san google buscando otras cuestiones.

Y el tercero de los placeres llega cuando Andrés Camino me envía hace unas semanas las primeras pruebas de la revista y me encuentro en la portada con este bellissimo primer plano de Nuestro Padre Jesús a su Entrada en Jerusalén, sagrado titular de la cofradía de la Pollinica, obra de Juan Antonio Fernández, hermano pollinico y participante en la procesión del Domingo de Ramos. Y en este punto, y aunque los verdaderos periodistas nunca queremos ser la noticia (mal hacen quienes así lo pretenden, aunque haya tantos), me van a permitir que dedique unos minutos a un asunto estrictamente personal pero que, sin embargo, para mí tiene una importancia crucial en un acto como éste.

Miren, como hijo de ferroviario, mis primeras relaciones con la cofradías, como no podía ser de otro modo, fueron con la hermandad de la Cena. Acompañando a la virgen de la Paz procesioné de pequeño. Delante del Cristo vi muchos años a mi padre representando al taller de Los Prados. Se salía de aquella capilla ya inexistente junto a la estación. Cuando la estación era tan

solo, y nada menos, un espacio mágico de despedidas y sobre todo emociones y alegrías a la hora de recibir a nuestros seres queridos. Cuando aguardábamos expectantes en ese andén que ahora nos es proscrito por motivos de seguridad. Entonces no era Vialia, ese luminoso centro comercial con cientos de reclamos. Y aquella esa siempre merecía una visita cada vez que se aparecía por allí a recibir o despedir aquel expreso Costa del Sol que muchos de ustedes recordarán.

Entonces para mí el Domingo de Ramos era la Cena. Y era por la tarde. Pero hete aquí que la vida te lleva por derroteros no siempre esperados que hasta te pueden cambiarte el orden del día. Por mor de mi amistad desde jovencito con Andrés Montenegro, gracias a su relación y matrimonio con Paloma Saborido (muchas felicidades, qué gran pregonera va a tener la Semana Santa de 2019), la Pollinica entró en mi vida. Y ustedes que conocen bien a la familia Saborido Sánchez se podrán imaginar que no iba a hacerlo de soslayo, tangencialmente. No. Tenía que hacerlo de lleno.

De tal forma que mis dos hijos desde poco después de levantar un palmo del suelo han andado cada Domingo de Ramos formando parte de esa maravillosa algarabía infantil que parte temprano de San Felipe anunciando la buena nueva.

Ítem más. Les podrá parecer extraño, quizás una herejía, pero quien suscribe, por diversos motivos, no se había puesto nunca debajo de un varal. Pues el pasado mes de septiembre pude tener el honor de ayudar a portar al Cristo pollinico en su procesión extraordinaria por el 75 aniversario de la bendición de la talla del Señor. En ese caluroso y radiante Domingo de Ramos septembrino que llenó las calles del centro de Málaga en muestra de fervor y cariño hacia una de las cofradías, ya no me cabe duda, más querida de nuestra Semana Santa. Dicho esto con el más grande y convencido respeto hacia todas las que la conforman. Y he de decirles que fue una enorme y gratísima experiencia que quedará para siempre en mi recuerdo y mi corazón. Por lo que no me queda sino dar las gracias eternas a quienes ayudaron a hacerlo posible. La familia, a veces, también puede elegirse.

Es decir, que ya sólo la primera impresión de *La Saeta* me subyugó y me hizo mucho más grato afrontar el reto de esta noche. Pero terminada esta digresión vamos a dejar de hablar de mí o de mi libro, que sin duda es lo menos importante hoy. Porque ya lo decía antes, perderse por el interior de esta revista es una experiencia absolutamente placentera. Por su revista, y también por el libro que se entrega conjuntamente con ella, titulado *El Monte Calvario*, historia arte y devoción de Málaga. En el que, con la

coordinación de Susana Elena Rodríguez de Tembleque y la participación de una buena panoplia de colaboradores se nos explican cuestiones como el origen de los montes calvarios o la evolución de la ermita que acoge el culmen del vía crucis de Málaga por antonomasia. Todo desde sus perspectivas antropológica, histórica, arquitectónica, patrimonial y por supuesto religiosa. De veras que estamos ante una auténtica joya por la que hay que felicitar a sus responsables.

En cuanto al número 65 de *La Saeta*, yo no les quiero destripar sus contenidos. Pero sí es necesario, como en todo acto de presentación que se precie, sobrevolar por ellos de tal manera que yo pueda aportar aunque sea un pequeñísimo granito de arena en concitar el interés de todos ustedes y de todos a los que de una u otra manera llegue este acto. Interés para que compren. Hay que comprar papel, me permiten de nuevo la petición urgente. E interés para que se sumerjan en sus interesantísimas y elegantemente compiladas páginas.

Desde el principio hasta el final. Para comenzar, resulta apabullante comprobar la intensa actividad de las hermandades que viene reflejada en las primeras páginas. Aquí me van a permitir un inciso para recordar de parte de mi amigo Andrés a los

responsables de las hermandades que han de participar en mandar sus actividades.

También es grato leer cómo se extiende la arrolladora actividad de la Agrupación, a la que hemos de felicitar por la reciente reelección de la figura de su presidente, Pablo Atencia. Un presidente y una junta directiva a la que le deseamos el mejor de los éxitos en la tremenda aventura en la que se han embarcado. A veces, inmersos como estamos en nuestra actividad cotidiana que suele desarrollarse en marcos territoriales muy concretos, no nos damos cuenta de la verdadera importancia de lo que pasa a nuestro lado. Pero yo, como responsable de una edición que mira a toda Andalucía he de decirles que en toda Andalucía se está observando con detenimiento, y he de decir que también con envidia, los pasos tan valientes que se están dando en Málaga de cara a modernizar nuestra Semana Santa y colocarla en situación de vanguardia dentro de un profundo respeto a la tradición. No siempre agazaparse en el pasado es la mejor de las opciones.

Continúa la revista con dos reportajes de tremenda belleza gráfica sobre las exposiciones celebradas en los últimos meses con el protagonismo de la Soledad de San Pablo, por la conmemoración de los 100 años de la hermandad, y la orden de la Merced, en celebración del octavo centenario de su fundación. Llámenme



partible, pero estas fotos en la pantalla de un móvil no cobran la dimensión que sí tienen aquí.

De la extensa entrevista a Francisco Fernández Verni, ex hermano mayor de Mena y expresidente de la Agrupación, hay que destacar como es de ley su papel en la recuperación de la revista que hoy nos concita a todos, así como su rol primordial en rehabilitar el espacio en el que nos encontramos. Definitivamente, como queda claro en sus respuestas, sin sus iniciativas no estaríamos esta noche aquí. Pero también resulta muy ilustrativo conocer cómo fueron esos vibrantes y difíciles años de la Transición, tan fundamentales para las cofradías.

Y precisamente con esta idea doy inicio a la exposición, y ya digo sin destripar demasiado, de los doce magníficos trabajos de investigación que componen la almendra de *La Saeta* de otoño. Porque entre ellos, y aunque son de variada temática, hay un hilo conductor fundamental y bien trufado como es la trascendencia de esa época de la que algunos ahora quieren abjurar despojándonos de una parte tan fundamental de nuestra historia. De la parte que explica quiénes somos y en quiénes quisimos convertirnos. Una etapa de concordia que nos hizo mejores y de la que no creo esperar nada bueno si acabamos desterrándola de nuestra memoria o arremetiendo contra ella.

Una época, reitero, que fue primordial para la vida de España y de todos nosotros. En todos los ámbitos, y también en el cofrade. Una era de ilusiones en la que las cofradías vivían un momento, como aquí se relata, de notorio declive. Pero en la que el empuje de tantas personas fue fundamental para poner las primeras piedras de la Semana Santa que vivimos hoy. Sin ellos, sin su audacia, desde luego que la historia hubiera sido otra.

Y esa valentía queda perfectamente reflejada en estas páginas. Qué estupenda reivindicación de todo aquello podemos leer en varios de los estudios que aquí se nos presentan. Ese arrojo de los que Francisco José González Díaz denomina en su artículo como “los contestatarios”, quienes dieron una imagen casi de mayo del 68 provocando con la primera semana de la juventud cofrade, desarrollada en plena agonía de Franco, un auténtico terremoto que logró superar actitudes en exceso conservadoras.

Esa reivindicación de la juventud que también, en aspecto ahora más concreto, es la responsable de la recuperación de las salidas procesionales de los Dolores de San Juan que nos cuenta Ricardo Ballesteros. Esa juventud a la que ahora, 40 años después de aquel movimiento, hay que seguir incorporando a la vida cofrade para posibilitar una larga y brillante vida a nuestra Semana Santa.

En suma, el zeitgeist, espíritu del pueblo que utiliza Virginia Illana como ingrediente básico para posibilitar una nueva etapa en la que se dieron cambios tan potentes como los primeros ejemplos de incorporación de la mujer al mundo cofrade, hasta entonces prácticamente nula y en la que hoy, como ha reconocido el presidente, quedan muchos pasos que dar.

Se trata de un tesón, este continuo querer mejorarse, que afortunadamente ha pervivido en el tiempo y no sólo se circunscribe a esa época de la que se están cumpliendo 40 años. Así lo demuestra también el trabajo de Paloma Sánchez, quien nos cuenta cómo durante el mandato de Jesús Saborido en la Agrupación se consiguieron vencer reticencias para que el Resucitado fuese por fin acompañado por la imagen de Su Madre, superando una característica “no necesariamente positiva”, como dice, diferenciadora de Málaga del resto de ciudades de nuestro entorno. Otra aventura “contestataria” que además toma gran dimensión precisamente estos días en que se acaba de presentar el nuevo trono del Cristo, que procesionará por primera vez el año que viene.

Pero hay en *La Saeta* mucha historia. Más pretérita. Confieso que me ha divertido mucho el artículo de Andrés Camino sobre la denuncia de esas actitudes tan poco decorosas que se daban en la Semana Santa de los años 20, con las casas de lenocinio y las

tabernas abarrotadas, ya felizmente superadas. Y es asimismo de mucho interés el artículo de Alberto Jesús Palomo sobre la documentada rebelión de las hermandades en 1742 contra el edicto diocesano que prohibía participar en las estaciones penitenciales con la cara cubierta por capirotos.

Por supuesto les animo a perderse por las concienzudas investigaciones que se insertan en *La Saeta* sobre aspectos más concretos de los que tanto se puede aprender. La de Francisco Jesús Flores sobre las potencias de plata del Santo Cristo de la Salud o la de Salvador Marín sobre el libro de hermanos y actas de la hermandad de Ánimas de San Juan en torno al que dibuja su historia. Sobre el boceto inédito de Juan de Ávalos para el grupo escultórico de Nuestra Señora de la Soledad que realiza Enrique Guevara, o en torno a los diseños de andas procesionales de Pedro Pérez hidalgo, por José Manuel Torres Ponce. También sobre la acertada rehabilitación de la parroquia de la Divina Pastora y Santa Teresa de Jesús en Capuchinos, bellamente relatado por mi compañero de *Sur* Jesús Hinojosa.

Personalmente, por mi desempeño profesional, también he disfrutado mucho con el reportaje de Susana Elena Rodríguez de Tembleque en torno a la publicidad semanasertera. Con especial atención al caso concreto de Cervezas Victoria pero rescatando

también algunos hilarantes eslóganes como ese reclamo turístico de 1929 que rezaba «Turistas, hay algo que no se ve en Sevilla: la Semana Santa en Málaga».

Por supuesto, hay que pararse, y hacerlo de forma emocionada, ante los homenajes a dos insignes cofrades lamentablemente desaparecidos en los últimos meses: Eloy Téllez y Antonio Garrido Moraga. El primero, figura primordial para el mundo cofrade malagueño por su faceta artística como diseñador. Imprescindible en la creación del patrimonio cofrade que disfrutamos.

Y Antonio Garrido, qué decir del formidable vacío que dejó su muerte. El mejor pregonero de la historia, lo denomina aquí Pedro Luis Gómez. El insigne archicofrade verde, en título de Manuel Bueno. Simplemente, lo que es tanto, “mi amigo”, lo define Juan Ignacio Montañés. Antonio, al que tuve el placer de conocer bien y que siempre me prestó para ABC su amplísima bonhomía y su vasta sabiduría. Siempre me correspondió solícito, amable, sabio y además divertido cuando le reclamé ayuda ya fuera para un tema político (fue uno de los participantes de nuestros Encuentros ABC), cultural o cofrade. A ambas figuras, como queda demostrado en *La Saeta*, se las echa mucho de menos.

Yo finalizo ya. Y lo hago con la misma petición con la que empezaba. Mis disculpas a quienes han confiado en mí para este reto si se hubiera podido dar cualquier patinazo o también olvido. Pero también acabo con el ferviente deseo a la dirección de esta revista de que siga haciendo las cosas tan extremadamente bien. Y para todos, la solicitud de que frente a esta dictadura de lo efímero, del relativismo, del no pasa nada y nada importa, no nos conformemos. Y tomo para ello las palabras del delegado episcopal de hermandades y cofradías en estas páginas. “No nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada, presos de la dictadura del like donde el vivir de la apariencia y el postureo mandan” En el esfuerzo de todos, creo firmemente, está un futuro mejor.

Gracias de nuevo a Andrés por su confianza, de nuevo mis felicitaciones a él a su equipo de colaboradores y a todas las firmas de *La Saeta* y muchísimas gracias a todos ustedes por escucharme. Buenas noches.



De izquierda a derecha: Arturo Fernández Sanmartín, Paloma Saborido, Jesús Saborido, Andrés Camino, Fernando del Valle (presentador de la revista), Pablo Atencia, Sonia Hurtado, José Carlos Garín, Francisco Fernández Verni, Francisco Javier Torres y Rafael de las Peñas.